

Ese rollo facha no nos va: ¡Hasta siempre, Rockberto!

Le falló la respiración, invertida en caladas y quejíos durante... ¿cuánto tiempo? Para nosotros la respuesta es sencilla: siempre. Nos enseñó, antes de haber aprendido casi nada, a estar orgullosos de ser *tipos duros* y de que *todo el mundo* supiese que *no tenemos ni un duro*. Todo un manifiesto político de *algo mu raro*, que unía la reivindicación del catetismo malagueño y el gusto por una música tendente a la universalidad. Lo sentimos propio. Lo dirigíamos contra la general parafernalia subyugadora de la *jet set* y, en menor medida, contra la presencia específica de los *pijipis*, con quienes compartíamos los conciertos de verano y el baile, pero no el cante. Casi no entendían las letras, ni tampoco a nosotros.

Arrojados por nacimiento a los mundos virtuales que crea el turismo, el surrealismo de Tabletom nos ayudó a decir algunas partes de la realidad con un lenguaje claro, culto, vivo, irónico... en resumen, popular en sentido amplio, que era la perfecta expresión de nuestra lengua materna y de la superación de algunos de sus límites. Cuando hablamos de contradicciones ideológicas la lucha tiene dos frentes. Por una parte, el lenguaje popular era continuamente reprimido por mor de la ascensión social intergeneracional en la que todos estaban empeñados, unos de palabra y otros de acción, incluidos nuestros padres, que suelen hacer y enseñarnos en la práctica lo contrario de lo que nos dicen. Lo cortés no quita lo valiente: nunca les estaremos lo suficientemente agradecidos por su amor, sus aciertos, sus errores y su trabajo. Por otra, su lenguaje poético era bastante incomprendido y frecuentemente infravalorado. La razón de esto es bastante más profunda que las genuinas voz y forma de cantar de Rockberto o la genial lírica de Juan Miguel González. Es expresión de la lucha de clases.

Después del “Vivitos... y coleando”, ese monumento al directo húmedo y caliente, daba igual, éramos muchos los incondicionales. En el Pleistoceno, cuando no existía internet, si alguno se enteraba de que había concierto pasábamos directamente a discutir la situación financiera, cómo ir y cómo volver. Peregrinábamos de pueblo en pueblo malagueño para cantar: *Y ten, toma y toma pastillas de goma y no son pa'la tos. Y hay quien toma y toma y con solo el aroma ya pasa de tó. Seguro que hay un conjuro y de esta locura yo ya no me curo.*

En los años que mediaron entre “Inoxidable” y “La parte chungu”, crecíamos viendo a los trabajadores sacudirse el polvo de los ladrillos y, en muchos casos, metérselo blanqueado. Unos íbamos a seguir estudiando, otros ya habían sido lanzados al andamio por el aparato ideológico de estado “escuela”. Casi todos echábamos una mano a nuestros padres y hacíamos las cosas más diversas para sacar algo de dinero. Crecimos viendo como “Málaga la Roja”, derrotada durante décadas y reavivada en la forma bastarda de las elecciones y los primeros Ayuntamientos, nos gritaba “Enriqueceos”. Sin complejos, grito unísono con todo el facherío autóctono y el que hemos ido importando. Inversores, turistas y algunos sectores de trabajadores intelectuales llegados al aumento de la población y de los servicios, públicos y privados.

Desde lejos, o desde cerca, habrá quien todavía no comprenda por qué Tabletom es el referente admirado y reconocido unánimemente por lo más sano de la vida cultural y popular malagueña. Voy a tratar de decirlo de una vez por todas. En el desierto social de la Costa del Sol, en que cada pueblo está fragmentado por la sedimentación de varias olas migratorias que comenzaron en los sesenta y que nunca terminan de mezclarse, en cuya estratificación tiene casi tanto que ver la procedencia y el momento

de llegada como el origen de clase, *Tabletom* es una de las pocas expresiones culturales de la resistencia.

Nuestra *Málaga bonita*, la que se remontaba al Café de Chinitas, lo que hacía en realidad era autodestruirse, dejándose la piel en los destajos y sometiéndose al orden que exige vivir de enseñar tu casa. Eso sí, aparentemente por más dinero que nunca. La supuesta riqueza obtenida eran hipotecas con los bancos, los políticos corruptos y lo mejor de cada mafia internacional. Puestos los cimientos por una izquierda a veces corrupta, a veces tan solo impotente para escapar de la subordinación a la construcción y al turismo, sobrevino la humillación gilista en la parte occidental de la provincia y la entrada del PP en la capital. Chaves, cada vez menos socialista si lo fue en algún momento, seguía en Sevilla. El guerrero Ánsar en Madrid. El proyecto, el plan estratégico, eso nos decían, era convertirnos en California, incluido *Silicon Valley* propio, pero de nombre más castizo: Parque Tecnológico de Andalucía. La burguesía comercial malagueña fracasaba, como en el siglo XIX, en su intento de convertirse en monopolista.

Ante la tesitura de estar a la moda, emular a Antonio Banderas o ponernos tetas postizas para no desentonar con el decorado, Rockberto reafirmaba en los escenarios su fragilidad imponente y su amor a Málaga aunque tuviera que irse a... Hollywood. ¡Cómo nos reíamos! ¡Cómo les queríamos! Durante la época más usamericana, del sueño de California sólo rescataban la versión menos feudal –menos espadachina- del mito de El Zorro, *El Coyote... defiende a los pobres y a los explotados, siempre con revólver, siempre vas armado*. Dada la situación es importante decirlo, que nadie se lleve a engaños con *Tabletom* y Rockberto: “es que somos lentos, más que violentos”.

Esa lentitud no les impidió nunca llegar a tiempo para reforzar cierta decencia libertaria que nos atravesaba desde la cuna, pero que con el paso de los años iba pareciendo más necesaria y más imposible. *Tabletom* fue una línea de demarcación filosófica a la que sólo podemos agradecer su continuidad, desde *Salvador a 7.000 kilos* o *Sigamos en las nubes*. Pero, preguntará el sano escepticismo, ¿línea de demarcación filosófica frente a qué?

Frente a la desintegración paulatina de las prácticas de solidaridad de nuestros padres, de una vida que ya no existía para casi nadie. Los costeños y los montaraces lo vivíamos como un trauma propio, familiar y colectivo. Cuando nuestros pueblos ya no eran pueblos sino amalgamas deformes y reaccionarias, nos ofrecían un relato de nuestras raíces –quizás fragmentado... eran los únicos que hay- y una advertencia al despiporre hegemónico: “*Qué poca conciencia tienes, qué malicia y qué maldad. Engañas a toíto el mundo pa luego poderte tú hinchar. Ahora que tienes hurdos ya no te acuerdas de ná, del pan migao en la leche y del pescaíto frito con pan*”.

Frente a la explotación y devastación de lo que *nos da la vida* –el trabajo, la mar y el campo-, “una copla antigua también, de la primera placa. Una copla antigua... ya ves si es antigua que se llama *Zero Zero*”: *Sabes que quisiera que nunca tuvieras que pasar necesidad, vivir en el campo cantando y sembrando sin tener que bajar a comprar de ná*. Frente al racismo y la xenofobia, “copla negra” y “famoso cantante de color carne”.

¿Línea de demarcación filosófica de qué? De los que, sumergidos en la NEP neoliberal y posmoderna, intuíamos el suicidio colectivo y nos empapábamos de su producto ideológico: el *No future*. Pero también aquí *Tabletom* expresaba una contradicción no antagónica que desplegaba efectos sanitarios. En el marco común de no tener futuro, nosotros teníamos pasado y, aunque compartíamos con los *pijipis* a Nirvana y otras cosas, adorábamos a Rockberto muy por encima de Curt Cobain y lo demás. La diferencia aparente de matiz nos oculta que la primacía denota ontología.

Con todo el cariño que les hemos ido cogiendo a los *pijipis*, sólo les puedo decir: que se jodan. Contra todo pronóstico de la ideología dominante, y quizás de la naturaleza, Rockberto vivió *más y mejor, y mejor*. Los verdaderos seguidores de Tabletom conocíamos el secreto antes del *Reggae del amor* que, simplemente, nos lo confirmó: *mucho más jamón*.

Una aclaración innecesaria: la muerte de Roberto González Vázquez me ha dejado cuerpo de siguiriya. Un fuerte abrazo a los miembros de Tabletom y a sus miles de seguidores, como ellos, inoxidables. No nos curemos de la locura, *luchemos juntos contra la maldad*.

Índice de referencias para no iniciados (por orden de aparición)

- *Ese rollo facha no nos va*: En *Casa Cumpián*, corte de *Sigamos en las nubes* (Kankana Records, 2008).
- *Tipos duros (En memoria de Piyayo)*: corte de *Mezclalina* (RCA, 1980).
- *Algo mu raro*: frase de Rockberto en la presentación de "Algo así como un tango", *Vivitos... y coleando* (Antequera Records, 1995/96).
- *Y ten, toma y toma [...]*: fragmento de *Tipos duros*.
- *Inoxidable*: disco editado en 1992 por Nuevos Medios.
- *La parte chungu*: disco editado en 1998 por Nuevos Medios.
- *Málaga bonita*: frase de *Málaga*, corte de *La parte chungu*.
- *El Coyote*: corte de *La parte chungu*.
- *Salvador*: corte de *Inoxidable*.
- *7.000 kilos*: corte que da título al disco editado en 2002 por Nuevos Medios.
- *Sigamos en las nubes*: corte del disco del mismo título.
- *Qué poca conciencia tienes [...]*: fragmento de *Pescaíto frito*, corte de *Inoxidable*.
- *Nos da la vida*: frase de *Málaga*.
- *Una copla antigua también [...]*: frases de Rockberto en la presentación de "Zero Zero", en *Vivitos... y coleando*.
- *Zero Zero*: corte de *Mezclalina*.
- "Copla negra" y "famoso cantante de color carne": frases de Rockberto en la presentación de *Apocalipsis now*, en *Vivitos... y coleando*.
- *Más y mejor, y mejor y mucho más jamón*: frases del *Reggae del amor*, corte de *7.000 kilos*.
- *Luchemos juntos contra la maldad*: frase de *Casa Cumpián*.